

SINTESIS DE LA PATRIA

Ofendería el patriotismo de los educadores medellinenses si tuviera necesidad de exponer a sus discípulos lo que la Bandera significa en su expresión abstracta y lo que es el pabellón de Colombia que ante Dios hemos prometido defender y mantener limpio y glorioso.

Desde remota fecha la Bandera fue el distintivo peculiar de los pueblos; el símbolo de su grandeza y de los ideales colectivos; representó la sangre de los mártires y la gloria de los héroes, lo mismo que los dones de la naturaleza y la expresión de la fe.

Es suave como la seda de que se fabrica, aunque en los primeros tiempos se admitió también de lienzo o de lana; y es galante por el origen de sus colores, que en los torneos de la Edad Media eran escogidos por el justador al gusto de su dama o por la correspondencia emblemática con los sentimientos que le atribuía.

Si flamea en el campo de batalla es más elocuente que todas las arengas; como botín tomado al enemigo nada le supera en valía y es blasón preciado para los descendientes del autor de la hazaña, pues, como ejemplo nada más, los catorce estandartes que en Lepanto arrebató Marco Antonio Colonna a los agarenos vinieron a dar lustre al escudo de la familia que remonta el origen de su apellido a la Columna de la Flagelación traída por el Cardenal Juan de Tierra Santa.

La inspiración patriótica de nuestro Fernández

Madrid dio uno de los sonetos que brillan como piedra fina en el cofre de la poesía colombiana, para celebrar la llegada de las banderas de cinco regimientos españoles y de cuatro provincias del Alto Perú enviadas por Sucre después de Ayacucho, y en **Los conquistadores del oro** el francés Heredia consagra los medallones de su verso impecable al estandarte de Pizarro, cuya posesión se han disputado Bogotá, Caracas y Cumaná y hasta hay quién afirma, por una confusión con el de Lima, ser el mismo que, después de haber pertenecido al General Sanmartín, fue destruído en 1865 por un motín verificado en la capital peruana. Con razón, si ese trofeo de la victoria definitiva en la lucha de emancipación fue testigo de la toma de Granada, acompañó a Colón en el descubrimiento de América, presidió la Conquista de Méjico con Solís y, después de haber estado en Honduras, vino en Nombre de Dios a manos de Pizarro, quien lo llevó triunfante a la conquista del Perú, para cubrirse luégo de vergüenza ante las luchas de hermanos y llegar a poder de Sucre en el Cuzco. Parece evidente que dicho estandarte es el mismo llamado "real de Castilla" que se encuentra en Caracas y acerca del cual coinciden los cronistas en decir que es de damasco carmesí y tiene por un lado las armas de Carlos V y por otro al apóstol Santiago.

Me lleva esta referencia al carácter religioso de la Bandera en sus orígenes, desde que fue hierática distinción de cada tribu y grupo de tres entre los hebreos que acampaban al rededor del Tabernáculo; la cruz fue blasón predilecto de las primeras municipalidades y en los pendones lució a menudo la imagen de la Santísima Virgen o de los patronos de cada pueblo. El oriflama de los monjes de San Dionisio en Francia fue la primera enseña nacional, buscada en esa abadía por los reyes después de su coronación, y el estandarte flordelisado no se menciona sino a partir de la batalla de Bouvines (1214),

aunque su mayor prestigio lo alcanzó en manos de Juana de Arco.

Hoy mismo, contra la ola de sordidez que amenaza los fueros del espíritu, se ha propuesto colocar la imagen del Corazón de Jesús en nuestro pabellón, en actitud protectora sobre el escudo, y aunque la veneración por la efigie sacrosanta nos hace vacilar respecto de la conveniencia de juntarla con otro símbolo amado también, pero más expuesto a profanaciones por vivir más cerca del barro de que fuimos hechos, no dejamos de reconocer la hermosa elevación del intento y en la reacción contra el materialismo, que amenaza sofocar en sus garras todos los ideales generosos, no habrá medio lícito que se tome a demasía.

Desde luego la extensión del culto a la Bandera es signo lisonjero de que el país palpita todavía al impulso de motivos espirituales y no olvida que entre los valores de que puede ufanarse está primero la gloria de sacrificios heroicos en aras de la enseña que es síntesis de la Patria y compendio de nobles aspiraciones.

Precedió ella con Miranda al nacimiento de la República independiente y libre; Zea dio la exégesis de su significado emocional al acogerla para la Gran Colombia en Angostura, aunque la transformación de los sentimientos respecto de la Madre Patria nos inclina más bien a la fórmula del historiador Benedetti, pues sólo el mar nos separa hoy materialmente de la Nación con la cual nos ligan los lazos de la sangre y del espíritu y por el azul del ideal se unen el rojo y el gualda de la bandera española en la bandera de Colombia.

Aprendamos a quererla con toda la intensidad de nuestros afectos, que ella cifra el orgullo nacional y resume maravillosamente los dolores y los triunfos, las conquistas y los anhelos de la Patria.

Julio César García